

**VI CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA**

**DISCURSO
A LA JUVENTUD**



por

DOLORES IBARRURI

**Presidente del Partido
Comunista de España**

1960



En un acto dedicado a las nuevas promociones de comunistas jóvenes, una nutrida representación de las cuales asistió al VI Congreso, formando parte de las delegaciones, la camarada Dolores IBARRURI, Presidente del Partido Comunista de España, pronunció el siguiente discurso:

DISCURSO A LA JUVENTUD

Por DOLORES IBARRURI

Presidente del Partido Comunista de España

Camaradas: A las pocas semanas de comenzar el nuevo año, que tan lleno de promesas aparece ante los que creemos en el hombre y en la vida, van mis palabras a vosotros, jóvenes camaradas que asistís a nuestro Congreso, como mensaje de esperanza, de fe y de confianza en la juventud que en nuestro país trabaja, sufre y lucha, preparando los radiantes amaneceres del resurgir de la patria.

Quiero hablaros en él de algo que nos es profundamente entrañable y consustancial con nuestra vida: de nuestras ideas, de nuestras aspiraciones, de lo que el comunismo da a los hombres, de lo que el comunismo representa para la juventud.

Y, también, de lo que nosotros, comunistas, demandamos a la juventud en este período de hondísimas transformaciones sociales, cuando en la tercera parte de la Tierra se levanta ya la maravillosa fábrica de la sociedad comunista, mientras en nuestro país subsiste todavía la dictadura del Caudillo como un hediondo resto del pasado.

Es conocido, dentro y fuera de España, que la juventud española vive en oposición permanente al régimen; que esa juventud tan entrañablemente nuestra, busca fuentes en que abreviar su sed de conocimientos, caminos por donde avanzar en su plenitud humana y social, vía abierta a sus justas aspiraciones de trabajo, de cultura, de bienestar, de felicidad y de paz.

El franquismo quiso hacer de la juventud de España una juventud de autómatas, moldeando las almas juveniles, matando en ellas ilusiones e iniciativas, uniformando su pensamiento, recortando las alas de sus ideales, presentándoles una visión falsa y monstruosamente deformada de la vida y de la historia. Y en eso, como en todo lo demás, también ha fracasado la dictadura.

Hay dos generaciones jóvenes, sin hablar de las adultas, inconformes en España. Ellas rechazan un régimen que no ha sido capaz de asegurar al pueblo un mínimo de bienestar, ni a España, como entidad nacional y estatal, un desarrollo natural, poniendo en actividad todas sus fuerzas productivas, un régimen que es extraño a España y que solo puede mantenerse con ayudas extranjeras.

Durante veinte años, la España oficial ha tratado de justificar los fallos y fracasos de su política, su incapacidad para restablecer la normalidad de la economía, con el fácil recurso de las secuelas de la guerra. Pero ha llegado el momento en que este recurso fácil y cómodo, con el que todo se podía cubrir y disimular, ya no sirve.

Y no sirve, no porque la juventud se dedique a bucear en la historia y a comparar entre lo pasado y lo presente, considerando a ojos ciegos, y aceptando a ojos ciegos, la vieja y falsa fórmula de que todo tiempo pasado fue mejor.

No es eso; la cuestión es más compleja. Con la derrota de la República se estableció en España un régimen dictatorial, terrorista y confesional. El Estado, proclamado laico con el régimen republicano, se hizo de nuevo católico con la dictadura; cambiaron los rótulos; cambió la forma política del Estado; cambió, reforzándose al máximo, la base económica burguesa en que también descansaba la República.

Con el establecimiento de la dictadura franquista se hizo penetrar en las jóvenes generaciones de la postguerra la idea falsa de que España, después de más de un siglo de luchas y revoluciones liberales y aun marxistas, había encontrado por fin, el régimen ideal en el cual los intereses del pueblo y de las oligarquías eran consustanciales.

España era presentada por el Caudillo como un país paradisíaco, al margen de la lucha de clases, de las crisis económicas, de los vaivenes políticos, de los trastornos e inquietudes que sacuden y estremecen a los países capitalistas.

Esto ha sido desmentido por la realidad de cada día, que ha ido poniendo con sangrienta crudeza y rotundidad irrefra-

gable las apostillas finales a las elucubraciones sociológicas de Franco y sus camarillas.

Y lo grave para el Caudillo y las fuerzas que están detrás de él, es que la juventud no cree en ellos, porque a fuerza de ponderar y valorizar sistemas y fórmulas caducas y reaccionarias, de desfigurar los hechos, de deformar la historia, la juventud que no es ciega, ni sorda, ni lela, se siente defraudada, saqueada de tanto cinismo, de tanta mentira.

Y no considerándose ligada ni por sangre ni por tradición a un pasado que conoce sólo a través del cristal franquista y a un presente que le produce náuseas, se levanta iconoclasta con el deseo de cambiar lo actual y de hallar nuevos rumbos a sus ilusiones y a sus esperanzas, rumbos que mantengan viva su confianza en los hombres y en la vida, frente a los Sansones Carrascos del conformismo y de la seca razón.

Lo que ayer era un sentimiento latente de disgusto en la juventud intelectual, expresado en una literatura marginal intrascendente, hoy es llama viva que grita su protesta y su asco en la poesía, en la novela, en la prosa periodística, llena a veces, de un doble sentido; que no oculta sus sentimientos y preferencias y que va a Colliure y a Segovia a honrar a Machado; que pone su firma al pie de documentos que encabezados por las más prestigiosas figuras de nuestro país, dicen al mundo de la continuidad, del espíritu noble y generoso, del amor a la libertad de nuestro pueblo.

La juventud que en las minas de Asturias, de León, de Puertollano, de Peñarroya enferma de silicosis antes de los 25 años; la juventud que en las minas de Almadén, de Linares, de Huelva, se envenena irremediabilmente con el mercurio, el cobre y el plomo; la juventud de los centros industriales que realiza trabajos de adulto por salarios de aprendices, muestra abiertamente su odio a la dictadura franquista que la condena al agotamiento prematuro, que la obliga a vivir como Prometeo, encadenada al yugo de una explotación brutal; la juventud campesina —andaluza, extremeña y castellana— que no puede enraizar en su propia tierra porque se agosta antes de madurar, que abandona, empujada por la necesidad el pueblo notal en la que todo le es entrañable y al mismo tiempo hostil, grita su protesta contra la dictadura, se une a la lucha de la juventud de la mina, de la fábrica, del taller en exigencia de una vida de hombres.

La juventud estudiantil responde a la lucha de la juventud obrera y campesina y se rebela contra “la pura prudencia de los

razonadores, de los aprovechadores, de los establecidos”, que les salen al paso en mendaz intento de domesticarles, de enseñarles cordura, de llevar a sus conciencias el conformismo, esa tendencia castradora a la que el gran cervantista Navarro Ledesma culpaba de ser la responsable del relajamiento del carácter de la intelectualidad española.

La juventud de nuestro país, como lo demuestran los testimonios aportados a nuestro VI Congreso pasa del descontento larvado, de la protesta muda, de la rabiosa indignación a la protesta abierta, a la lucha por reivindicaciones económicas y políticas.

Y ese sentimiento de inconformidad que va de la mina a la universidad, de la fábrica al Instituto, del campo a la ciudad, abarcándolo todo, es cada día más profundo, más claro, más concreto, más preciso. Como temen esos terratenientes andaluces de que nos han hablado los camaradas, puede convertirse en tormentas de sangre y de violencia, si antes no se pone fin a las causas que lo provocan, cerrando, por la voluntad de todo el pueblo, el paréntesis dictatorial abierto en 1939.

Existe, es verdad y todos lo sabemos, una gran impaciencia y descontento entre la juventud, y ello es bien comprensible. La juventud no se aviene con las medias tintas ni con el convencionalismo, ni con la mentira ni con la miseria. Quiere verdades claras, hechos concretos, realizaciones fácilmente comprobables.

Y lo que ha visto y ve a su alrededor hasta ahora es mediocre, turbio insatisfactorio. Hablan los hechos, ¡y con qué elocuencia!, del fracaso de lo que se había presentado como novedoso e insustituible.

Ante la despierta conciencia de los jóvenes, ante su afán analítico crítico, todo falla, todo se derrumba. Falla la Iglesia —según afirma el Obispo de Solsona—, que no sabe atemperarse a las necesidades y exigencias de los tiempos actuales y que no interpone su influencia para que un Estado que se llama católico realice prácticamente los postulados y las exigencias de la doctrina cristiana; falla el Estado porque no es capaz de conseguir el bienestar social; fallan los hombres de edad y todos los sistemas antiguos porque unos y otros están desplazados, son de otro tiempo y no sirven para solucionar los problemas que hoy se presentan ante el mundo.

Al fallar lo que constituía el acervo espiritual y político de una juventud honesta y sana, sincera y creyente, éste se rebela contra todo lo existente y busca, y estas son también pa-

labras de esa misma jerarquía eclesiástica, “soluciones novedosas y extrañas, o quizás posturas ya preteridas, la marxista, por ejemplo. Porque ellos no la han vivido y llegan a creer que no somos leales y sinceros cuando se la presentamos como una solución inhumana e inaceptable para el bien de la sociedad”.

No es posible, señor Obispo, educar a la juventud con equívocos ni con mentiras. Porque al descubrir la ficción o el engaño de que se le hace objeto, se revuelve contra quienes le han inducido a error, a conciencia o por omisión.

En España, a pesar de lo que diga el respetable obispo de Solsona, nadie ha vivido una experiencia marxista, porque esta experiencia no se ha realizado. Y por tanto, nada de lo que ha ocurrido en España sirve para justificar la prevención de las jerarquías eclesiásticas contra el marxismo.

Si ellas quieren combatir al marxismo como ideología materialista, están en su derecho, como estamos nosotros en el nuestro al luchar contra sus concepciones idealistas del mundo, que la ciencia desmiente y refuta cada día y que ellos se empeñan en mantener.

Se puede ser enemigo del socialismo y del comunismo, se puede odiar a Marx y renegar de los comunistas, lo que ya no se puede hacer es negar la existencia de las leyes del desarrollo histórico descubiertas por Marx que actúan de manera inexorable y que determinan la temporalidad de todos los regímenes basados en antagonismos de clase.

La realidad de la crisis del capitalismo y del desarrollo del socialismo grita como Galileo frente a los empeñados en afirmar la eternidad e inmovilidad del mundo capitalista “E pur si muove”.

Yo quiero responder brevemente a uno de los argumentos empleados más frecuentemente contra el marxismo y contra el comunismo por los ideólogos reaccionarios al afirmar que los comunistas reducen todos los problemas sociales, políticos y espirituales a ecuaciones económicas, convirtiendo al hombre en un ser impersonal y mecánico.

Esto, aparte de ser falso, es tratar de cargar sobre el marxismo las culpas y los vicios del capitalismo. Para los marxistas las condiciones económicas, la forma de producción y de propiedad constituyen el fundamento de la historia. Y es inútil rechazar la dependencia del pensamiento, e incluso los sueños y las aspiraciones de los hombres del régimen social y de la forma específica de relaciones de producción que predominan

en la etapa determinada del desarrollo social en que esos hombres viven.

En la vida de la mayoría de las gentes, en el primer plano de sus preocupaciones, está su profesión, su ser social. Es decir, la forma económica de su actividad individual y el lugar que ocupa en la sociedad, lo cual en grado fundamental determina costumbres, pensamientos y aspiraciones.

Así también, en cada período de la historia, la estructura económica de la sociedad determina la forma política, la manera de vivir de los hombres e incluso la dirección del pensamiento. Pero concretarse a considerar el movimiento intelectual solo por la evolución de las formas económicas constituye una burda interpretación del marxismo, una aplicación mecánica de los cambios económicos a la evolución de la conciencia de los hombres. La cuestión es mucho más compleja. Los cambios económicos preceden y se adelantan por el propio desarrollo de las fuerzas productivas a los cambios del pensamiento y de la conciencia. Y suele suceder, por ello, que el desarrollo de la conciencia se retrasa de los cambios económico-sociales y no corresponde, por tanto, durante un tiempo a estos cambios.

Las viejas ideas y teorías, los sentimientos, concepciones y representaciones idealistas de la vida y del mundo poseen una gran vitalidad y se mantienen en la conciencia de las gentes muchos tiempo después de que las condiciones sociales han sido modificadas por el desarrollo histórico.

Eso se explica porque, además de la fuerza de la costumbre, actúan sobre la conciencia de los hombres fuerzas sociales interesadas en conservar y mantener lo viejo.

Pero se produce también el fenómeno contrario. La actividad práctica de los hombres puede adelantarse a los cambios económicos e influir en las realizaciones de cambios sociales. Esto es posible cuando los hombres más avanzados, apoyándose en el régimen existente, estudian el origen de la evolución y desarrollo histórico de éste, y descubriendo las leyes de su evolución, las exponen, las difunden, llevando a la conciencia de los hombres este conocimiento, impulsando a la clase de vanguardia a la acción para acelerar los cambios que han madurado ya en el seno de la sociedad.

En el período del feudalismo se desarrollan las ideas burguesas, aún antes de haber madurado totalmente las condiciones para el establecimiento del régimen burgués. Y estas ideas se convierten en el arma ideológica que impulsa a las masas a la lucha, y más tarde, cuando la situación es propicia y fa-

vorable para la gran revolución, al derrocamiento del feudalismo.

El desarrollo del siglo XIX muestra cómo a penas se consolida la sociedad burguesa y el régimen burgués, surge una nueva concepción del mundo; el pensamiento socialista de los utopistas, de los Fourier, de los Cabet, de los Saint-Simón.

Y en Lyon, en Cataluña y en Silesia, bajo la influencia de esas ideas, se producen sublevaciones proletarias de idénticas características. En pleno auge capitalista, cuando éste aparecía triunfador y lleno de vitalidad, Marx y Engels descubren las leyes del desarrollo de la sociedad y prevén científicamente la desaparición del capitalismo y el establecimiento de la sociedad sin clases antagónicas, de la sociedad comunista, dando a la clase obrera un arma invencible en la lucha por la transformación de la sociedad: la teoría del socialismo científico, que muestra la inevitabilidad de la desaparición del capitalismo y la victoria del socialismo.

Apoyándose en esta teoría, la clase obrera dejó de luchar a ciegas, tenía una meta y un objetivo.

En la historia del desarrollo social de los últimos cincuenta años se comprueba de una manera convincente e irrefutable la viabilidad del marxismo y su fuerza transformadora revolucionaria.

En la Revolución Socialista de octubre de 1917, Lenin y el Partido Comunista, guiados por el marxismo y apoyándose en las condiciones objetivas existentes, se adelantan a la conciencia y a la manera de ser de su época y con el establecimiento del primer Estado socialista abren a la humanidad la era del comunismo.

En la elaboración de las teorías de vanguardia, los representantes de las nuevas clases no parten de la nada; se apoyan en el material ideológico creado en las precedentes formaciones sociales. Y precisamente, por la existencia de estos antecedentes históricos no puede explicarse el contenido ideológico de una época dada sólo sobre la base de determinadas relaciones económicas.

El socialismo científico de Marx y Engels surgió como un escalón nuevo, superior, en el desarrollo de la filosofía y del pensamiento social, como la ideología del proletariado, sobre la base de una asimilación crítica y una radical elaboración de los grandes estudios filosóficos, históricos, económicos y sociales del siglo XIX.

Y precisamente, por la existencia de esos antecedentes en

el desarrollo de las ideas que el pasado nos lega, el Partido Comunista, contra lo que dicen sus detractores del campo reaccionario, considera con respeto la herencia ideológica del pasado; estudia de manera crítica y trata de asimilar y desarrollar las valiosas realizaciones de la vieja cultura de nuestro país, dando de lado lo superfluo y lo reaccionario.

No es, por tanto, cierto que los comunistas reduzcamos a ecuaciones económicas todos los problemas sociales, políticos y espirituales que agitan y conturban a los hombres y a los pueblos, en cada época del desarrollo histórico de la sociedad, aunque como decía Engels, en último extremo lo económico es lo determinante.

En demostración práctica de la valorización por los comunistas de todo lo creado por generaciones de sabios, de artistas y de filósofos, está el respeto que a la memoria y a la obra de estos hombres son dedicados en la Unión Soviética, China y en todos los países del campo del socialismo, y cuyas obras, menospreciadas en los viejos regímenes, son hoy altamente valorizadas.

En muchos casos han servido de punto de partida para el desarrollo de la ciencia, de la técnica, de la física, de la mecánica que tan alto ha colocado el nombre de la Unión Soviética con sus deslumbrantes realizaciones en todas las ramas del saber y muy especialmente en la conquista del espacio cósmico.

Ante nosotros, y como Partido Comunista de España, está planteada con urgencia la tarea inaplazable de orientar a la nueva generación, o a las nuevas generaciones, y prepararlas ideológicamente para las grandes luchas políticas que inevitablemente han comenzado a producirse y se van a producir aún más en el futuro, en ese futuro que ya asoma sobre el horizonte de nuestro país.

Para nosotros, comunistas, la juventud no es una incógnita. Es un espejo terso y pulido en el cual se refleja la realidad social en que vive, en que sueña, en que trabaja y en que sufre. Y si en ella surgen brotes viciosos, no es de ella la culpa, sino del terreno, del medio, del ambiente en que crece, que como dice nuestro refranero "el que buen trigo siembra buen trigo tiene".

Se acusa a la juventud de escepticismo, se dice que no cree en nada, que no cree en nadie. Aparte de que ésto no es verdad, y nosotros tenemos la prueba en la actividad de la juventud estudiantil, de la juventud obrera, de la juventud campesina y en su adhesión al Partido Comunista, ¿qué han hecho

los que tal afirman para impedir que esa juventud, a la que ellos tratan, sea escéptica, como gente que está de vuelta de la vida? Engañarla, mentirla. La han tratado siempre como tutores, como dómynes, diciendo una cosa y haciendo otra.

Han pisoteado con su corrupción, con su cinismo, con sus ambiciones, con su crueldad, con su indiferencia ante los sufrimientos del pueblo todos los nobles sentimientos juveniles; han escupido sobre las emociones románticas de los jóvenes; han pateado como pjaras de cerdos la belleza espiritual de la juventud, han condenado a la juventud trabajadora a una vida de privaciones, de carencias, de falta de cultura, arrancándola a la vida familiar por la fuerza de la necesidad.

La juventud es por naturaleza sincera y franca, generosa y abierta y soñadora; lo fue ayer y lo es hoy.

Y es una monstruosidad matar en los jóvenes esos nobles sentimientos y esas características tan naturales y humanas, haciendo jóvenes viejos, jóvenes tarados moralmente. Los que tal pretendieron en nombre del orden y de la tradición, y eso les ocurre a los que en España ven en la juventud una incógnita, recogen el fruto de lo que han sembrado en la repulsión de la juventud hacia ellos.

Nosotros reconocemos la enorme importancia que la juventud tiene hoy en la lucha contra la dictadura y la que tendrá mañana en la construcción de una España democrática y socialista, y expresamos nuestra confianza en nuestra juventud que va al fútbol —¡y hace bien!— pero que trabaja, que estudia y que lucha.

Para que la actividad de esa juventud sea más útil, para que sus fuerzas, su energía, su capacidad combativa tenga cauce y meta, precisa por nuestra parte hacer un esfuerzo permanente continuado para llevar a su conciencia nuestra ideología, la ideología comunista, acostumbrándola al mismo tiempo a valorizar y estimar el inmenso caudal de la cultura española como un elemento imprescindible en su formación comunista.

Estudiar a Marx, a Engels, a Lenin, a Stalin, es absolutamente necesario. Sin ello no tiene sentido llamarse marxista. Y sin el conocimiento del marxismo no es posible tampoco tener una visión de conjunto del desarrollo social, de sus tendencias, de las fuerzas fundamentales que intervienen en este desarrollo y de las posibilidades de transformaciones sociales que se producen en determinados momentos.

Pero no pretendemos que la juventud se aprenda de me-

moria los textos marxistas. Repetir los textos marxistas vengán o no a cuento, no significa ser marxista. Ser marxista significa impregnar de vida la teoría, vincular el trabajo y la lucha diaria con la teoría; ser marxista significa avanzar con el movimiento histórico y, a veces, adelantarse a la historia.

Se ha pretendido presentar a los comunistas como una secta compuesta de gentes atrabiliarias a las que son ajenas las alegrías, preocupaciones y aspiraciones de la juventud.

Un comunista no es un comunista completo si no se ocupa en afán permanente de superación, al mismo tiempo que de su trabajo y de su formación política, de la literatura, de la historia, de la mecánica, del deporte, de la música, de todo lo que hace agradable y embellece y dignifica la vida.

Nosotros queremos comunistas físicamente fuertes, moralmente sanos, con una fisonomía política y social bien definida.

Un comunista no es un comunista completo si no se ocupa de los problemas que afectan a los pueblos y a los hombres; un comunista, para participar en una lucha, cualquiera que sean las fuerzas que en ella intervienen, no debe preguntar como piensan los hombres que libran esa lucha, sino si es justa la causa que defienden.

El compañerismo, la solidaridad en la lucha entre la juventud obrera, entre la juventud campesina, entre la juventud intelectual, es una de las cualidades, uno de los rasgos morales más destacados de los comunistas.

Y los jóvenes estudiantes, y los intelectuales, y los maestros pueden y deben ayudar a nuestra juventud como han comenzado a hacerlo en Asturias, a llenar las lagunas de su preparación cultural dando parte de sus conocimientos, de los conocimientos que ellos poseen a los jóvenes trabajadores que por imperativo de la miseria no han podido adquirirlos.

En este sentido, ante la juventud intelectual se abre un inmenso campo de actividades. Adonde no llega la ciencia oficial, debe llegar la actividad de los estudiantes, de los intelectuales, de los maestros, difundiendo entre la juventud obrera y entre la juventud campesina los conocimientos de que tan ansiosos están los jóvenes trabajadores.

Desde ahora hay que preparar las condiciones para que éstos pueden con pleno conocimiento de causa participar activamente no sólo en la lucha contra la dictadura, sino en la reconstrucción de la patria, en el renacer de España.

La evolución de la situación en nuestro país con la agravación de la situación económica y la descomposición de la

dictadura, agudiza en sumo grado la cuestión de la orientación política de la juventud. Quien tenga de su parte a la juventud tiene el futuro. Y nosotros queremos tener, y tendremos, a la juventud de España a nuestro lado.

Los problemas de los cambios democráticos en nuestro país no pueden resolverse sin la participación de la juventud, aunque esta verdad no agrade a quienes piensan que los cambios políticos a que España va, inevitablemente, pueden hacerse sin el concurso, sin la participación de las masas, sin la participación de la juventud, a la que consideran inmadura para las funciones políticas, aunque de ella se exija que sea la primera en el sacrificio.

Una cosa, a la cual debemos acostumbrarnos desde ahora los veteranos y los menos veteranos, es a pensar que si la juventud en todas las épocas es siempre dinamismo, vitalidad y entusiasmo, la juventud española de hoy, siendo ésto, no es igual a la juventud española de hace cuarenta años.

La guerra y veinte años de dictadura fascista, rompieron en España la continuidad política y natural desarrollo, abriendo un abismo que separa brutalmente dos momentos del desarrollo histórico de nuestro país: el democrático, evolución natural, progresiva de la sociedad burguesa, y el fascista, expresión terrorista de la dominación temporal de la oligarquía monopolista financiero-terrateniente.

Establecida con la dictadura franquista la dictadura del gran capital las clases en el Poder, además de los medios de producción y de la fuerza para defender esta propiedad, dispone también de los medios de producción intelectual.

Por cuanto ejercen su dominio como clase, determinan también que "poderoso caballero es don dinero", la producción y distribución de las ideas de su tiempo. Y las ideas de la clase dominante son las ideas que generalmente dominan en cada época. Ello se refleja en la mentalidad de la juventud que ha vivido con el pensamiento aprisionado y ante la cual el angustioso imperativo de vivir, de abrirse paso en un clima de corrupción, de mentira de hipocresía, de mordaza ha pesado sobre ella haciendola inquieta, desasosegada, desarraigada, acostumbrada al diario espectáculo del terror policíaco, de la escasez, de las dificultades, en contraste con la vida escandalosa de los nuevos ricos y del fabuloso enriquecimiento de los que ya eran potentados antes de 1939.

Si entre la juventud y la vieja generación han existido siempre diferencias, a veces muy profundas, en la apreciación de los

hechos y en la solución de los problemas, esta diferencia de opiniones y criterios entre la vieja y la nueva generación, es hoy en España mas pronunciada que nunca.

Y a veces no tanto porque a la juventud le falta experiencia, sino porque la generación madura se aferra en cierto modo a criterios y conceptos que fueron justos en 1936, pero que el transcurrir del tiempo y el cambio de situación los ha hecho inoperantes. De ahí que los conflictos sean inevitables.

Y aunque también entre nosotros surge a veces esta diferencia de criterios y de apreciaciones, la solución de estos conflictos es mas fácil porque el criterio para resolverlos no es la opinión personal subjetiva de este o aquel camarada, sino el análisis concreto de las opiniones en discusión en directa relación con las causas que a ella dan lugar.

Y dado que entre los comunistas el criterio para juzgar de la madurez política no es la edad, sino la comprensión de la necesidad de luchar y la disposición a participar en la lucha, la fidelidad a los principios y la firmeza en la defensa de estos, no es extraño que la juventud predomine en el partido, que la juventud se sienta atraída por el Partido. Esto es natural, aunque se escandalicen aquellos que durante veinte años se empeñaron en tener a ras de tierra el pensamiento y la acción juveniles.

La juventud española empieza a ver, a conocer una realidad deslumbradora, atrayente, la realidad soviética, la realidad del campo del socialismo. Mientras ella solo encuentra dificultades tanto en su preparación cultural, artística, científica y técnica, como en el trabajo digno y adecuado donde sus conocimientos pueden ser utilizados, la juventud del mundo socialista no sólo tiene abiertos los caminos de la tierra, sino el de las impresionantes y deslumbradoras conquistas del cielo y de las estrellas. El comunismo es la juventud del mundo y la juventud atrae a la juventud.

“¿Acaso no es natural —decía Lenin— que entre nosotros, en el Partido de la revolución predomine la juventud? Somos el Partido del futuro, y el futuro pertenece a la juventud; somos el partido de los innovadores, y la juventud siempre ha preferido seguir a los innovadores; somos el Partido de la lucha abnegada contra la vieja podredumbre, y sabemos que la juventud será siempre la primera en ir a una lucha abnegada”.

Naturalmente que no es sólo la juventud la condición querida para militar en las filas del Partido Comunista. El ingreso en el Partido impone obligaciones especiales tanto morales como políticas. El Partido es la vanguardia de la clase obrera,

la vanguardia de las fuerzas progresivas que marchan conscientemente a la cabeza de la lucha en defensa de los intereses del proletariado, de los campesinos, de todo el pueblo, que se plantea ante sí mismo, ante su propia vida, como misión fundamental, la de lograr la victoria del comunismo, subordinando todas sus actividades a los intereses de esta lucha.

Y es obligado para cada comunista conocer los fundamentos de la teoría marxista, no —como advertí anteriormente— de una manera libresca y escalástica, sino como un método, como un instrumento con ayuda del cual determinamos correctamente nuestra conducta política social y personal.

De la eficacia de esta teoría —convertida en fuerza material cuando penetra en las masas— para la transformación de la sociedad, habla más que todas las apologías y definiciones, los profundos cambios operados en el mundo desde 1917 hasta hoy. En menos de medio siglo, el mundo ha cambiado de base, como se canta en la Internacional.

El capitalismo ha dejado de ser la fuerza predominante. La influencia del campo del socialismo presiona sobre toda la vida contemporánea imponiendo modificaciones estructurales, obligando a reformas, impulsando el desarrollo político, económico y social de los pueblos.

Mas de mil millones de hombres han sido liberados de la explotación capitalista, y en países como China millones de seres humanos pasaron de la servidumbre feudal a la construcción de la vida libre y radiante del socialismo.

La rica y milenaria herencia cultural de los pueblos es puesta en los países donde la dominación capitalista ha sido destruída, a disposición de los trabajadores y desarrollada con el trabajo de las nuevas generaciones.

Todos los privilegios sociales han sido abolidos para siempre. La tierra, las fábricas, las minas, el suelo y el cielo, los ríos y los mares, en la mas amplia acepción de la palabra, pertenecen a todo el pueblo.

Ved el panorama de la Unión Soviética. Jóvenes sabios trabajan en todos los dominios de la ciencia; audaces aviadores surcan los espacios en maravillosos aviones tres veces mas veloces que el sonido; eminentes biólogos mejoran las especies en la agricultura y en la ganadería; ingenieros y geólogos, ante los cuales la naturaleza no tiene secretos, desvían los cursos de caudalosos ríos y doblan las montañas convirtiéndolas en llanuras, construyen mares artificiales, cambian el clima de inmensas regiones, ofrecen a su país torrentes de energía eléctrica, van al fondo

de los mares a arrancar a estos sus riquezas, construyen islas artificiales y ciudades obreras sobre las aguas tumultosas de los mares dando a la patria el oro de la producción petrolífera, extraída de las profundidades abisales, geniales constructores y hombres de ciencia, al servicio del pueblo, asombran al mundo con las maravillas de los sputniks, del lunik y de lorbitnik y abren al hombre la ruta inexplorada del espacio cosmico; heroes del Artico y del Antártico arrancan a las regiones polares los secretos de las tempestades y abren nuevos campos de investigación científica; jóvenes estudiantes y obreros emprenden la conquista de las soledades de la tundra y de la taigá, y en poco mas de un año venciendo inmensas dificultades, roturan y siembran treinta millones de hectáreas de tierras vírgenes, cinco millones mas que toda la tierra cultivada en España; obreros con estudios superiores llevan a las fábricas, a las minas, a la construcción, sus iniciativas y sus conocimientos, transformando todos los conceptos sobre el trabajo y terminando con las diferencias entre el trabajo intelectual y el trabajo físico. Son obreros intelectuales e intelectuales obreros en el mas alto y digno sentido de la palabra.

¿Quiénes son esos hombres? ¿De dónde vienen? ¿Cuál es su origen social?

Son hijos de obreros, de campesinos, de intelectuales. Hace menos de cincuenta años sus padres vivían sometidos a un régimen de brutal explotación en uno de los países menos desarrollados de Europa. La Revolución Socialista, al destruir el Poder de los capitalistas y terratenientes, destruyó las causas fundamentales del atraso del país.

Hoy, ese mismo país, convertido en Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, es el segundo país industrial del mundo, el primero en su estructura política, social y económica, el mas rápido en su desarrollo industrial. Mañana será el primero en todo.

La cultura socialista se basa en el principio formulado por Lenin. "Antes, toda la inteligencia del hombre, todo su genio, creaba únicamente para proporcionar a unos todos los beneficios de la técnica y de la cultura, y privar a otros de lo más imprescindible: la instrucción y el desarrollo intelectual. Hoy, en cambio, todas las maravillas de la técnica, todas las conquistas de la cultura pasaran a ser patrimonio de todo el pueblo, y desde hoy en adelante, nunca mas la inteligencia y el genio humano serán convertidos en medios de violencia, en medios de explotación".

Los resultados de la aplicación de este principio socialista a la vida están a la vista de todos. Y cuando la evidencia de los hechos que se meten por los ojos y que conmueven hasta lo más profundo del alma de nuestro pueblo desmontando el artificio de mentiras con que durante veinte años se le ocultó la realidad, el general Franco está obligado a declarar, saliendo al paso de ese gran movimiento progresivo que discurre subterráneo como las aguas del Guadiana buscando una salida, que combatir el comunismo con las armas es inútil; que hay que combatirlo con las ideas y con la acción política, presentando frente a él una ideología más humana. ¿Cuál?, preguntamos nosotros.

Veinte años es un plazo breve en la vida de un pueblo; pero veinte años es un plazo lo suficientemente largo, dentro de su brevedad, para mostrar la eficacia o ineficacia de un sistema político.

Tomemos los ejemplos de las democracias populares. Once años cuenta el régimen de democracia popular en Checoslovaquia. Y Checoslovaquia es hoy un país industrializado, sin crisis y con una población cuyo nivel de vida es uno de los más altos de Europa. La Alemania Democrática solo tiene diez años. Es un país que se desarrolla impetuosamente, que adelanta ya a la Alemania del Oeste y en donde el bienestar material y el desarrollo cultural de las masas va paralelo al desarrollo económico e industrial. En Rumanía, hasta 1945 país agrario, atrasado, bajo el yugo de la monarquía y de los boyardos, en quince años de democracia popular ha cambiado su fisonomía convirtiéndose en un país industrial-agrario, exportador de maquinaria; y en sus campos soleados, y en sus ciudades, que tanto recuerdan a España, canta la alegría de la vida recobrada, de la libertad reconquistada.

Y lo mismo en Polonia, que en Hungría, que en Bulgaria. Pero el ejemplo más elocuente es la pequeña Albania, con poco más de un millón de habitantes, y que de colonia italiana agraria y pastoril ha pasado en quince años a ser un país socialista, que se industrializa rápidamente, que se convierte por el trabajo libre de sus hijos en un gran jardín.

Y no hablemos ya de la Unión Soviética, cuyas realizaciones estremecen y conmueven al mundo.

¿Qué doctrina, que sistema más noble, más eficaz, más generoso puede ofrecer Franco ahora a una España en escombros después de veinte años de dictadura? ¿Quién va a creer en su eficacia si para comprobar esto necesitamos esperar otros vein-

te años de unión y compenetración, a la manera franquista, de los capitalistas y de los obreros, de los grandes propietarios agrarios y de los campesinos pobres y obreros agrícolas que si como dice Franco constituye "la gracia" del movimiento nacional es, en cambio, la gran desgracia de España?

La solución de los problemas de España no está en un nuevo ensayo franquista, ni en la adaptación del franquismo a la nueva situación que empieza a perfilarse con la disminución de la tensión internacional y con el atenuamiento de la guerra fría.

La solución esta en la apertura de vías que conduzcan al establecimiento en España de un régimen democrático, en el que sea posible el ejercicio de los derechos democráticos elementales como el de asociación y reunión, el de imprenta y el de palabra, y el libre juego de las fuerzas políticas.

En la plasmación de esta solución en una realidad concreta, están vitalmente interesadas las nuevas generaciones españolas: la que tenía diez o quince años en 1939 y la que no había nacido aún. Estan vitalmente interesadas porque ellas han de ser las primeras favorecidas por esos cambios.

Cuando se ha vivido en las tinieblas es difícil y penoso acostumbrarse a la luz. Pero convendréis conmigo, camaradas, en que es mejor vivir en una casa soleada y alegre que en un sótano inmundo o en una murienda de las afueras de Madrid o de Barcelona.

Luchamos por salir de las tinieblas a la luz aunque duelan los ojos aunque sea difícil acostumbrarnos. Y para salir de las tinieblas tenemos en el marxismo el hilo de Ariadna que nos conduce.

Con senil reiteración, el general Franco repudia el siglo XIX como el siglo del liberalismo. El liberalismo ha sido en cierta forma una etapa obligada del desarrollo capitalista y es lo que ha permitido al caudillo llegar al poder.

Pero en el siglo XIX se encuentra ya en la literatura política española, en la actividad de una intelectualidad impresionada por la gran revolución francesa, los primeros brotes de la moral revolucionaria, los primeros brotes del socialismo utópico.

Y son Fernando Garrido, y Sixto Cámara, y Abreu, y Pi y Margall, sin hablar del colectivista agrario Flores Estrada y de tantos otros, quienes con un abnegado trabajo de propaganda prepararon el terreno para recibir mas tarde la semilla del marxismo con la organización de las secciones españolas de la Primera Internacional fundada por Marx y Engels.

La reacción española, zafia y grosera, ignorante y atrasada,

sin mas ciencia que su egoismo sin más punto de mira que el de conservar invariables sus posiciones privilegiadas, es refractaria a toda idea nueva, a toda modificación progresiva.

Cerrando los ojos ante la historia y ante la realidad circundante, sostiene con tozudez asnal que España es el país del mundo mas refractario al socialismo y al comunismo.

La leyenda continúa, pero la vida se ríe de las leyendas, de las negras y de las blancas.

En 1871, un político burgués, nada sospechoso en su tiempo de simpatizar con el marxismo, don Francisco Silvela, se levantó en el Parlamento español para responder a los diputados reaccionarios que pedían la puesta fuera de la ley de las organizaciones españolas adheridas a la Internacional de Marx y Engels, cuya doctrina social-comunista era, según ellos, extraña en España, dijo lo siguiente:

“La idea socialista es entre nosotros la herencia del antiguo régimen que le había dado carta de naturalización; en la mayor parte de nuestras villas —decía Silvela— la revolución es considerada como un retorno legal a costumbres comunistas que han quedado en nuestra sangre. Ello significa el libre acceso a la propiedad municipal y a veces a la propiedad particular, la destrucción de las cercas, el uso común de los pastizales, e incluso de la cosecha. Esta manera de entender la libertad no ha nacido ni de los abusos de la prensa ni de la propaganda de los demagogos. Ella viene de recuerdos y tradiciones que nada puede borrar”.

Lo que despierta en realidad la furia de los defensores del orden capitalista en España y mas allá de nuestras fronteras es que el marxismo, con su lógica científica irrefutable, ha grabado ya en el frontispicio de la sociedad capitalista el Manel, Tecel, Fares de la leyenda bíblica, mostrando la necesidad y la inevitabilidad de la desaparición del régimen capitalista para asegurar la continuidad histórica del desarrollo de la sociedad humana hacia formas sociales más elevadas.

La genialidad de Marx, lo que despierta el odio furioso de la reacción imperialista es que el fundador del socialismo proletario da la respuesta, en su teoría, a las cuestiones que el desarrollo incesante de las fuerzas productivas y del pensamiento avanzado de la sociedad había ya planteado.

Suelen argumentar los detractores del marxismo que en algunos aspectos ciertos países capitalistas son superiores a los países socialistas. Esto es verdad, en el detalle, no en el fondo. Como ya he señalado, el país mas viejo del campo socialista, la

Unión Soviética, tiene 42 años. Y algunos apenas han cumplido diez, mientras que los grandes países capitalistas han necesitado doscientos años y más para llegar a su desarrollo actual.

¿Puede suponer la imaginación mas exuberante adónde dentro de unas decenas de años llegarán los pueblos y los países que en menos de medio siglo de existencia han sido capaces de lanzar los sputniks y los luniks, de llegar a la luna y de fotografiar a 45.000 kilómetros de distancia la parte oculta del viejo satélite de la Tierra?

Hace cuarenta años, cuando el PC iniciaba sus actividades, los problemas políticos y sociales no habían alcanzado la acritud que tienen hoy. La lucha de clases era mas simple, y sus contornos quedaban claramente perfilados y determinados por los antagonismos entre el proletariado y la burguesía, entre los campesinos pobres y obreros agrícolas y los terratenientes.

La situación es hoy completamente distinta. La lucha de clases alcanza nuevos terrenos, nuevos estamentos, nuevas formas. España ha dejado de ser independiente; España se ha convertido en un país sin soberanía. Y esto no es una frase.

Un Estado soberano es aquel que dispone libremente de su territorio, desarrolla su economía y su cultura y establece voluntariamente y en igualdad de derechos, relaciones con otros pueblos, con otros países.

El Estado español no dispone libremente de su territorio porque en pacto vergonzoso lo ha cedido Franco a los EE. UU. que han hecho de España su más importante base estratégica atómica de Europa.

España no puede desarrollar su economía y su cultura más que de forma unilateral porque depende de los compromisos contraídos con los EE. UU. y, según un viejo aforismo burgués, "comerciar con todos los países es enriquecerse, comerciar con un solo país es convertirse en su esclavo".

España no tiene libertad para establecer relaciones con otros países porque necesita autorización del Pentágono; España es hoy por la obra de Franco, la Cenicienta de Europa.

En esta política franquista de hipoteca de la soberanía nacional están las raíces de la ruina económica que hoy se abate sobre nuestro país, quebrantando sólidas posiciones comerciales e industriales de muchas familias, lanzando al paro a centenares de millares de trabajadores, reduciendo el nivel de vida de toda la población a límites insoportables.

España emplea en cubrir los gastos que supone el establecimiento y mantenimiento de las bases americanas en su territo-

rio los recursos que necesita para mejorar su agricultura, desarrollar la industria y asegurar a todo el pueblo un nivel de vida por lo menos igual al de los países capitalistas europeos.

En este sentido, el pueblo español está vitalmente interesado en la política de desarme propugnada por la Unión Soviética y en la política de paz que es la constante del gran país socialista.

El desarme propuesto por la Unión Soviética significaría la liquidación de las bases americanas en nuestro país y la liberación de ingentes recursos que podrían ser empleados en obras de utilidad social y nacional.

España no puede continuar por mas tiempo tolerando la existencia del régimen actual. España puede salvarse uniendo en un gran movimiento nacional de resistencia a la dictadura, a todas las fuerzas lesionadas por la política de ésta, para obligar a Franco a abandonar el Poder, abriendo el camino al establecimiento de un régimen democrático que represente los intereses de la mayoría del país, que aborde audazmente y con el apoyo de todo el pueblo la realización de los cambios políticos, económicos y sociales que saquen a España de su estancamiento, que le garanticen un desarrollo permanente, que aseguren su independencia y soberanía nacionales.

Para la realización de esta gran tarea nacional, patriótica, nosotros comunistas, llamamos a todo el pueblo, a todas las fuerzas sociales interesadas en la pervivencia de España; llamamos fundamentalmente a la juventud; a la juventud obrera, a la juventud campesina, a la juventud estudiantil, a la juventud que ama a España.

Nosotros ofrecemos a la juventud como perspectiva, como meta de sus aspiraciones la creación con su propio esfuerzo de una España en la que todos soñamos: libre, soberana, independiente, abierta a todo progreso, irradiando la luz de su vieja cultura renovada y engrandecida a todos los pueblos y a todos los continentes. Estos son nuestros sueños; estas nuestras aspiraciones. Y estamos seguros que la juventud española vendrá con nosotros sin ninguna clase de temores dispuesta a aportar sus energías, su inteligencia y su responsabilidad al resurgir, al renacer, al recrear de una España distinta a la de hoy en la que todos los hombres tengan asegurado el pan, la justicia y la libertad.

Ediciones de "ESPAÑA POPULAR"